



Relatada por don Francisco, quien tiene 78 años de edad. Él tenía sólo 8 cuando con mucho interés escuchó al compadre de su padre relatar una interesante historia.

Todo empezó en el pueblo de Jitotol. Hace muchos años, época de los abuelos de don Francisco, cada barrio del poblado de Jitotol –hoy cabecera municipal– tenía su propia ermita con su propio ídolo religioso. Todos los barrios contaban con tolerancia religiosa y no había conflictos entre ellos.

Cuando era momento de celebraciones religiosas, cada barrio efectuaba grandes fiestas en las que se repartía comida, trago y pinol. Los músicos se turnaban para mantener la alegría de la gente. En uno de esos grandes festejos que se daba en uno de los barrios, había un jovencito huérfano que presenciaba solo el júbilo de los demás. Pasaban comida, bebidas entre las familias y vecinos, pero a él no se le ofrecía nada. Esperaba con ansias que se le invitara a comer y a convivir, pero el jovencito fue siempre ignorado por los demás. Hasta parecía que ni lo habían visto entre tanta bulla de la gente.

Cuando la fiesta terminó, todos se fueron a descansar. El jovencito sentía mucho enojo en su corazón. Él era solo en el mundo, pero no tenía ni

pizca de tonto. Mientras muchos dormían él pensaba y pensaba. Su espíritu estaba muy dolido; entonces tuvo una idea. Paró de pensar y caminó a las orillas del pueblo y subió una gran ladera. Era tanta su indignación que llamó al espíritu de la montaña y se quejó de lo sucedido. Era como ir a quejarse con una autoridad suprema y le pidió justicia.

El espíritu le preguntó: –¿Qué quieres que yo haga? ¿cómo quieres que te haga justicia?–, a lo que el jovencito pidió: –Que los encamines del pueblo. ¡Que se vayan!

El espíritu le pidió que le trajera 12 pollos y 12 pollas. Acordaron una fecha para cumplir la orden, un día entonces el jovencito regresó con 24 aves: 12 pollos y 12 pollas.

Muy insatisfecho el espíritu reclamó: –¡Pero qué trajiste!... ¡No me comprendiste!... Yo me refería a gente, 12 almas masculinas y 12 femeninas. ¡Que me trajeras sus almas!

El espíritu de la montaña era un espíritu del mal. Muy enojado le indicó al jovencito que ya no se ocuparía más de lo pedido. El malentendido ya se había dado y no había nada que hacer. Muy enojado le pidió al jovencito que dejara la montaña y que al llegar a su casa la señalara con una flor para indicarle el lugar donde se ubicaba en el pueblo.

Sin decir más, el jovencito hizo lo que se le pidió. Llegada la noche el espíritu bajó al pueblo y al ubicar la casa de la flor se llevó el alma del jovencito. No se conformó con el hecho, sino que



Alma Bojórquez y compañeros de la maestría, generación 2004-2005.

Historia de la comunidad de Altamirano, Jitotol

partió desde ahí casa por casa recolectando las almas de la gente. Cada madrugada amanecían de tres a cuatro personas muertas. Ya después era como una peste que día a día iba dejando menos personas vivas en el pueblo.

Se dice que en la antigua cultura maya era común la gente con poderes especiales, algo así como magos, hechiceros o brujos, a los que en el lugar se le conoce como *gente con arte*. En el pueblo de Jitotol estas personas eran muy respetadas. La gente con arte se reunió y decidieron buscar al demonio que estaba ocasionando la muerte de muchos jitotoltecos. Querían enfrentarlo y acabar con él para poder seguir en paz, como antes, pues ya la raza se estaba acabando.

Muy pocos ya quedaban vivos en el pueblo. Por más que buscaban en el monte, las aguas y los alrededores, no daban con el refugio del espíritu maligno. Era tanto el poder del espíritu maldito que tuvieron que acudir al templo de San Juan a pedirle, rezarle y suplicarle que los ayudara. Días enteros se dirigieron a San Juan hasta que un día les contestó:

—¿Cómo van a encontrar a ese demonio si se encuentra aquí mismo dentro del pueblo?—. Todos se asustaron pero le escucharon decir: —¡Ese espíritu no está lejos! Está casi entre nosotros.

Salieron del templo y San Juan les señaló una gran ceiba, *pochote* como se le conoce en el lugar. Era un árbol majestuoso, en el que por dentro se albergaba al maligno. Los poderosos lanzaron al pochote fuertes rayos, truenos y agua hasta ver salir

de él a una bestia con figura de vaca. La bestia ya hasta tenía dos críos y se los llevó huyendo hacia los cerros. Tantos rayos le arrojaban pero no era suficiente. Con mayor ataque sus críos fueron eliminados y la bestia en llamas huía sin cesar, se refugiaba y la encontraban. Era una lucha incesante hasta que en un momento la bestia encontró la media laguna y se sumergió en ella. Esa laguna que está junto al cerro rojo, en la finca Rosario-Calvario. Una vez escondida no salió más.

La gente regresó al pueblo muy enojada, y de puro rayo se corrieron unos a otros. Cada quien agarró su rumbo para separarse y así fue como unos pocos llegaron a este lugar. No se sabe por qué se le llamó Altamirano, pero el número de gente fue creciendo con el tiempo.

Los que se fueron a un pueblo que llamaron Amatán, se llevaron con puro arte la gran viga de madera que estaba en el templo de San Juan. Si se visita el templo de Amatán se verá que la viga es de ocote, y ocote no ha habido en los rumbos de Amatán. Era tan pesada, pero con poder los amatenses la pasaron por la poza de agua, trasladándola a través de las corrientes de agua subterráneas hasta hacerla llegar a Amatán.

Ya parece que no hay gente con arte en el municipio de Jitotol. A San Juan ya no le gustan esas cosas y las ha prohibido. Antes, cuando se nacía, la partera podía llevar al niño a la poza a lavarlo y dejarle los restos de parto, entonces con el agua se obtenían los poderes especiales. Ahora, si llegara a haber en Altamirano alguno con arte, ya no se le permitiría hacer nada raro. 